

La historia de los pueblos circumpuneños en relación con el altiplano y los Andes Meridionales

MYRIAM TARRAGÓ¹

Dentro de las regiones de los Andes áridos, la Subárea Circumpuneña adopta una posición muy especial. En el estado actual del conocimiento arqueológico en el Area Andina, resulta de interés analizar las condiciones y los mecanismos que han operado en el pasado prehispánico para generar procesos que se imbrican tanto con los de otras regiones del Area Centro Sur así como también con los Andes Meridionales propiamente dichos.

Se trata de un área de “frontera blanda” en la que al mismo tiempo que se han dado esferas de articulación se han producido procesos diferenciales con respecto a los complejos de desarrollo altiplánicos de otras regiones así como en relación con las soluciones más autónomas de los estímulos centroandinos que se expresan en los desarrollos de las tierras andinas meridionales. Dada esa posición procesal tan peculiar podría discutirse la conveniencia de su inserción o de su segregación del Area Centro Sur.

El propósito de este artículo es aportar algunas ideas relacionadas con este problema. Para alcanzar este nivel es necesario realizar primero un análisis comparativo del conjunto de indicadores arqueológicos reunido por el esfuerzo de diversos investigadores en las localidades descubiertas al interior de la región a fin de discernir las soluciones productivas compartidas y los fenómenos de interacción que le dan cohesión a la historia de los pueblos involucrados.

Un análisis de tal carácter supone previamente una discusión acerca de las condiciones materiales en que los pueblos puneños fueron resolviendo su vida y, por ende, haciendo la historia de dichos territorios. La discusión de las condiciones del medio ambiente en su complejidad y diversidad y la emergencia de un mismo esquema procesal lleva también implícito el problema de los límites de este ámbito con respecto a las regiones vecinas que expresan otras soluciones particulares.

Un camino de tal tipo que persigue no solo el reconocimiento de determinados eventos históricos o culturales sino que pretende llegar a la comprensión de los procesos necesita fundamentarse en la información empírica.

Los estudios arqueológicos disponibles son dispares y de distinto carácter según las situaciones particulares de los territorios y las condiciones históricas que han incidido en el desenvolvimiento de la disciplina arqueológica en los tres países que afecta la región. Frente a la abundante información existente en los oasis de Atacama y en la cuenca del Loa, saltan a la vista amplios sectores vacíos de datos como ocurre al sur del Salar de Atacama o en extensos sectores entre la cuenca del río San Juan Mayo, San Antonio de los Cobres y el salar de Antofalla o desde aquella hasta la cuenca del Río Grande de Lípez, el salar de Uyuni y los tributarios del río Loa.

La aproximación que se intenta aunque no puede dejar de lado esta situación de hecho procurará, sobre todo, integrar bajo un esquema común las fuentes arqueológicas del lado argentino con las correlativas de Chile.

Bases productivas del medio ambiente puneño

Las tierras puneñas se emplazan en el extremo austral del altiplano andino. Tradicionalmente se reconoce a esta región como Puna de Atacama, ya sea en forma genérica o diferenciando dentro de ella a la Puna de Jujuy, mientras que la Puna atacameña queda reducida al flanco occidental del *plateau* puneño.

Desde un punto de vista étnico, se la conoce como área o región atacameña, figura que surge con claridad en los documentos coloniales y de la cual es necesario proyectarse hacia atrás a épocas preeuropeas y preincas para visualizar configuraciones previas.

Asumiendo las características generales reconocidas para esta subárea en la reunión de Antofagasta

¹ CONICET y Museo Etnográfico de Buenos Aires, Moreno 350, 1091 Buenos Aires, ARGENTINA.

(Núñez *et al.* 1979: 1) sobre las bases formuladas en Paracas (Lumbreras 1979), podemos definirla en forma sintética como la Puna y sus bordes.

Por condiciones emergentes del proceso morfogenético del altiplano, esta cuña austral se singulariza por reunir las condiciones más estrictas de los Andes en cuanto a aridez y, por tanto, en cuanto a la reproducción de la flora y de la fauna. El aprovechamiento de estos territorios por el hombre ha tenido que realizarse en forma de asentamientos humanos discontinuos o “insulares” (Núñez 1979: 2-5), nucleados en torno a las fuentes de agua como las vegas (pastoril) y los oasis fluviales (agrícolas) y dispersos o “despoblados” en los amplios territorios sin agua que han operado, en cambio, como rutas de tránsito multidireccional.

En el proceso de optimizar sus posibilidades de reproducción social, no hay duda de que desde épocas preagrícolas se desarrolló un patrón de alta movilidad que garantizó la circulación y complementación de productos esenciales tales como lana, carne, productos vegetales, sal, maderas, alucinógenos y hierbas medicinales. Esta necesidad asumió diversas formas de trashumancia a corta y larga distancia por bandas recolectoras cazadoras en tránsito a la producción agropecuaria.

Avanzado el proceso, la implementación de formas de control (macro y microverticalidad) desde el interior de la subárea o desde sus bordes por formaciones sociales más avanzadas, se combinó con el desarrollo del tráfico de caravanas que, aunque asumiera distintos móviles explícitos, significó en esencia llevar a un máximo el acceso y la regulación de recursos en el ámbito puneño dentro del nivel de desarrollo de las fuerzas productivas alcanzado en épocas preincas.

Precisamente, en el Período Tardío hay señales de los intereses en pugna entre etnias y jefaturas centralizadas que se disputaban el biotipo Puna desde las cabeceras de valles prepuneños tanto al oriente como al occidente y al norte, lo que supone desarrollos regionales internamente estructurados y externamente diferenciados que no traspasaban ciertos límites sociopolíticos. Tal es el caso de la sociedad Santa María calchaqueña *versus* Belén *versus* señoríos de Atacama.

Dentro de este marco general, existieron sectores de mayor eficiencia productiva que hoy quedan

testimoniados por la presencia de localidades arqueológicas con fisonomía propia dentro del conjunto circumpuneño. Estos son los oasis fluviales que se deslizan en los flancos occidentales como el río San Pedro y el río Loa con sus tributarios y en la porción oriental, sistema atlántico del Pilcomayo (Figura 1).

En el corazón de la alta meseta se suman los pedemontes de los amplios bolsones endorreicos que mueren en lagos o lagunas más o menos salobres, como la Laguna Blanca, Antofagasta de la Sierra, Antofalla, Santa Rosa de los Pastos Grandes, Salinas Grandes, sistema Doncellas-Miraflores y Laguna de Guayatayoc, río Cincel y Laguna de Pozuelos.

Con el transcurso del tiempo los pueblos de estos diversos ámbitos, a través de los mecanismos señalados, lograron incrementar sus fuerzas productivas por medio del regadío controlado y del manejo de especies vegetales adecuadas, lo que resultó en interesantes explotaciones agrícolas con cuadros y andenes de cultivo en lugares como San Pedro de Atacama, Toconce-Lasana, Tebenquiche, Casabindo, Santa Ana de Abrolaite, San Juan Mayo y Yavi. Sin datos suficientes como para establecer los comienzos del manejo hidráulico, es claro que todos estos sectores estaban plenamente explotados en épocas tardías preincas rebasando en todos los casos los límites de la ocupación actual como lo ha señalado en diversas oportunidades Krapovickas (1980) para el sector de la Puna jujeña.

Todos estos sectores donde, por cierto, se logró combinar el complejo productivo microtérmino con el mesotérmino en los lugares más abrigados e irrigados, articuló también en pisos más altos las zonas de bofedales y tolares, aptas para el pastoreo de camélidos, lo que permitió implementar una producción agropastoril bien establecida ya en los últimos siglos antes de nuestra era.

A esta producción regional de las tierras puneñas se asoció recurrentemente y desde antigua data la producción tropical tan codiciada de los bosques orientales del Gran Chaco. A diferencia del altiplano boliviano, más extenso transversalmente y monótono en su morfología, el contorno del altiplano austral es sinuoso pues en su borde se disponen las serranías de la cordillera salto-jujeña que disectan profunda y activamente el flanco puneño oriental con ríos exorreicos que abren al sistema Pilcomayo o Pasaje-Juramento, constituyendo verdaderos pasadizos

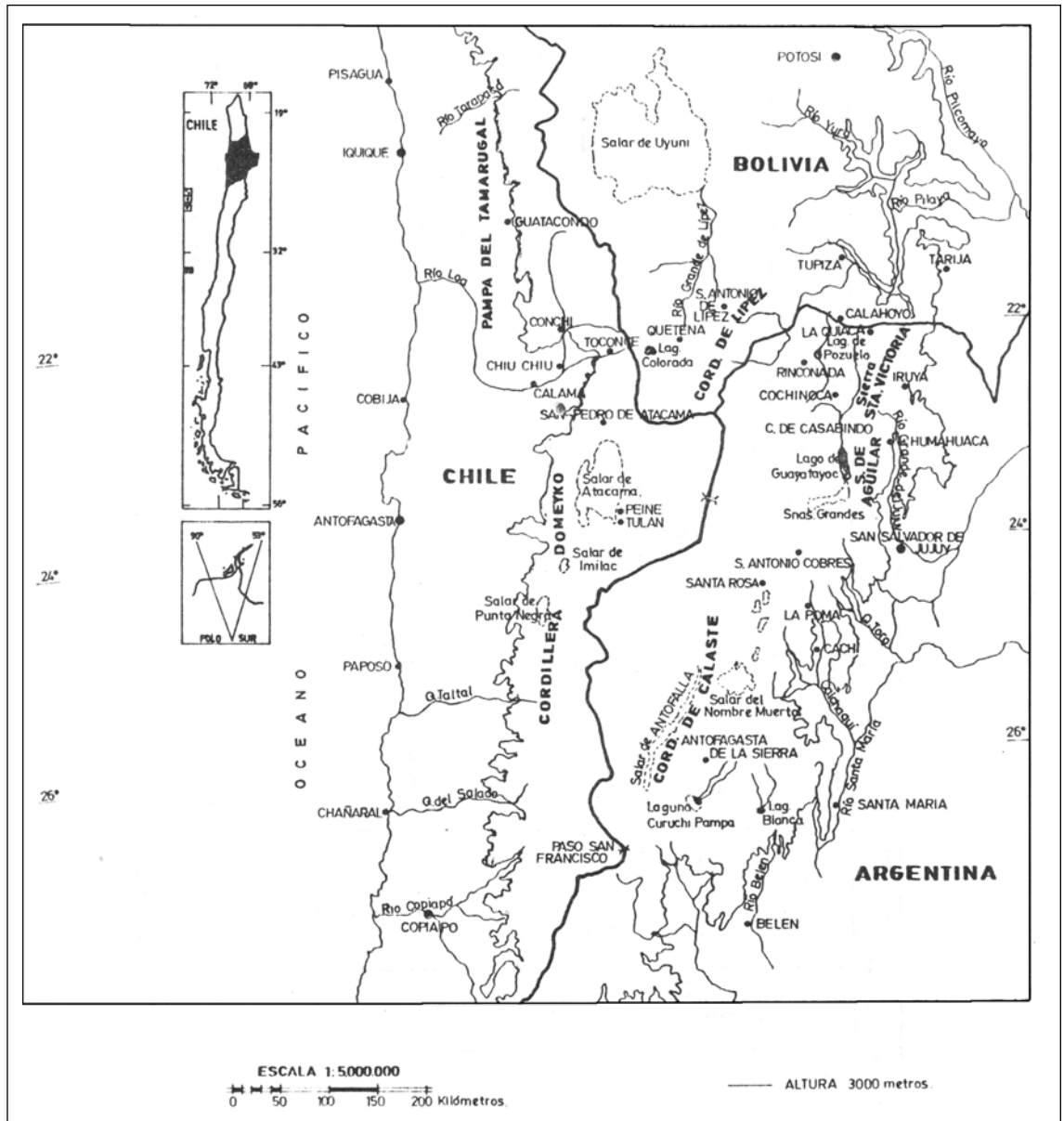


Figura 1. La Puna y sus bordes: Localidades arqueológicas.

de interacción y de circulación de recursos en ambos sentidos, de tal modo que en trechos relativamente cortos entran en contacto los ambientes tropicales bajos y húmedos con los puneños.

De todos estos “ejes” consideramos que el “callejón de interacción” más importante fue el que se ubica entre los paralelos 22° y 23° de Lat. S con una línea por aire inferior a 350 km, incluyendo las localidades del río Salado, los oasis del Salar de Atacama, San

Juan Mayo, Pozuelos, Yavi Chico, cabeceras de la Quebrada de Humahuaca, serranías y bosques de Iruya y Santa Victoria (ver Figura 1).

Otros ejes serían en sentido oblicuo hacia el nor-orienté, el río Salado San Juan Mayo-río Tarija-Región Valluna de Bolivia y en sentido diagonal sureste Toconao-Huaytiquina-San Antonio de los Cobres bifurcándose hacia el valle Calchaquí y quebrada del Toro.

Una vía diferente desde el punto de vista espacial e histórico sería la que conectó en ciertas épocas y en sentido longitudinal los desarrollos de los oasis de Atacama con sus contemporáneos al interior de los Andes Meridionales, Tulo-Tchaputchayna-Tebequiche-Laguna Blanca-Hualfín.

Otra franja de interacción longitudinal se dio hacia el norte entre las cabeceras y lagunas de altura del río Salado y Alto Loa (cabeceras de las quebradas de Guatacondo y Tarapacá hacia Altiplano Central y Circumtiticaca), desde épocas formativas contemporáneas al fenómeno Wankarani y conexos.

El problema de los límites de la Subárea Circumpuneña

Los extremos orientales y occidentales (borde de la puna, cuenca del Loa y pampas intermedias) muestran una creciente diferenciación si se los compara entre sí, dejando de lado la articulación mutua y espiralada a través de los pueblos puneños.

Esto se explica, pues su peculiar posición implica cambios hacia otras soluciones productivas y de reproducción económica. En el caso de Loa Medio e Inferior y la quebrada de Tarapacá (Caserones), se da con el aprovechamiento de los recursos marinos y los forestales de la Pampa del Tamarugal así como el hecho novedoso, que no se encuentra más al sur, de la explotación de una agricultura subtropical en los valles irrigados del occidente chileno.

Esta situación peculiar se manifiesta a nivel arqueológico por la presencia de manufacturas norteñas, tales como en épocas tardías lo que fue la cerámica de los estilos San Miguel-Gentilar (Núñez 1978), cuya ausencia en las partes altas del Loa-Salado y oasis de Atacama es sintomática, al igual que las formas diferenciales de interacción con el Estado de Tiwanaku.

En el otro extremo, el borde oriental de la Puna o prePuna, que afecta a las cabeceras de las quebradas de Humahuaca, del Toro y alto valle Calchaquí, se vuelca, en cambio, hacia los procesos de los valles más bajos y de las tierras tropicales orientales no obstante haber sostenido a través de toda la historia una fuerte articulación con las tierras altas puneñas. Esta articulación en un mismo esquema procesal se evidencia en ciertos eventos históricos de primera magnitud de los Andes Meridionales de los cuales no participaron. Precisamente no quedaron

integrados bajo la esfera de interacción de Aguada que no obstante manifestó un fuerte impulso regional en otras zonas ni interactuaron con la gran Confederación vallista Santa María-Calchaquí sino tan sólo en el momento final de oposición al dominio español.

En la porción suroeste, el Desierto o “despoblado” de Atacama por las estrictas condiciones por su carencia de agua en largos trechos sólo pudo operar como zona de tránsito con rutas diagonales y transversales hacia y desde el Altiplano Sur, quedando esta área muy bien delimitada con respecto a los valles transversales del Norte Chico chileno.

Falta por discutir la faja costera, si acaso se integra en su base productiva con la región circumpuneña o si es mejor segregarla por su interacción longitudinal más dinámica a lo largo del Pacífico. Creemos que es una problemática que requiere mayor discusión dado que los datos arqueológicos son bastante escasos y que, por otra parte, tanto éstos como las fuentes documentales plantean situaciones aparentemente contradictorias que es necesario resolver a través de la comprensión de los procesos involucrados.

Indicadores arqueológicos y procesos

Primer milenio AC

En la vertiente occidental de la Puna, sobre la base de la experimentación agroganadera y de cerámica inicial realizada por gentes del estadio Tulan Cueva, establecidos por Núñez, para el milenio anterior, se produjo ya en la primera mitad del último la aparición de asentamientos humanos con una estabilidad agropecuaria creciente.

En la cuenca del río Loa, el Complejo Vega Alta reconocido por Pollard en una serie de sitios-campamentos encuentra una expresión más particular y precisa con las excavaciones en Chiu Chiu 200 (Benavente 1978). Este poblado de habitaciones semisubterráneas, fechado por termoluminiscencia con un valor promedio de 910 ± 300 AC, muestra indicios de un fuerte énfasis en el aprovechamiento ganadero de camélidos a nivel local tanto por la información de basureros como por la manufactura de textiles, mientras que se procesaban materias y productos trasladados de otros pisos ecológicos como pelos de chinchilla y vizcacha, plumas de parina y de aves tropicales.

Con una abundante cestería y un empleo todavía escaso de alfarería, se hacen patente, sin embargo, las manipulaciones iniciales de la tradición monocroma negra pulida de profunda raigambre y larga duración en los pueblos atacameños y que relaciona este desarrollo con la emergencia de comunidades aldeanas en los cercanos oasis de Atacama.

Por otro lado, la presencia de cerámica corrugada, incisa y modelada, rasgos estilísticos excepcionales tanto en la Puna como en la ladera occidental, pero también detectadas en Poconche y Turi por Le Paige, sugiere una interacción a mayor distancia, a través de las vías puneñas, con los pueblos de las Selvas Occidentales de Argentina y este de Bolivia (Tradición San Francisco-Candelaria).

Más temprano o quizás contemporáneo, en el extremo sureste del Salar de Atacama, Núñez ha reconocido otro sitio, Tulan 54, de carácter agropecuario sedentario, patrón habitacional disperso en torno a montículos y componentes cerámicos tempranos.²

Con respecto a esta primera época, no se han estudiado sitios que puedan correlacionarse con los hallazgos de Tulan y Chiu Chiu 200 en las tierras altas del norte argentino y sur de Bolivia, donde seguro los hay.

Hacia el siglo VI AC, los oasis del norte del Salar de Atacama empiezan a manifestarse en forma sostenida en el registro arqueológico, a través de los interesantes contextos asociados en Toconao Oriente (580 AC), Larrache Callejón y Sequitor Alambrado, muy probablemente también en Tulor, Beter y Tchauptchayna.

Fuertes ingredientes “orientales” se expresan en la cerámica con elaboraciones estilísticas de tiras sobrepuestas adornadas con círculos excisos así como modelados zooantropomorfos sobre el gollete de vasos y de grandes vasijas monocromas negras o rojizas. Estos aspectos junto con el uso de pipas acodadas de cerámica, rompecabezas y hachas de piedra, así como probablemente entierros en urnas, son todas señales de procesos todavía difíciles de desentrañar al no poder correlacionar el material funerario con los correspondientes asentamientos. No obstante, y con los recaudados del caso, nos atreveríamos a

afirmar (por nuestra experiencia en el estudio de los contextos funerarios de San Pedro de Atacama) que es la época de mayor “orientalización” en los ajuares fúnebres de la colección Le Paige.

Siglo III AC a siglo V DC

Es la época de procesos neolíticos plenos en diversas localidades de la región. Bajo esta expresión se extiende el desarrollo de comunidades aldeanas bien establecidas en lugares de eficiencia agroganadera y con expresiones culturales singulares que las caracterizan.

Esto supone que se había producido un salto en el desarrollo de las fuerzas productivas aplicadas al trabajo agrario.

Comunidades de aldea como las de Pircas y sectores tempranos de Caserones en Tarapacá; Quitor, Sequitor, Beter, Tchauptchayna y Tulor en San Pedro de Atacama; Laguna Blanca, Tebenquiche y Cerro Colorado en la meseta puneña y en las quebradas del borde de la Puna, los asentamientos aldeanos de Campo Colorado y Las Cuevas testimonian esta afirmación.

Es probable que parte de los contextos funerarios de Calahoyo descritos por Fernández (1978) y los tipos cerámicos López Inciso y Tarija Inciso, sin ubicación estratigráfica en el sur de Bolivia, corresponden también a esa época.

Los modos de poblamiento conocidos varían desde el patrón circular sencillo y disperso de Pircas (que por otro lado recuerda sobremanera al sistema Tafi) al patrón circular aglutinado de crecimiento celular de Tulor pueblo y el patrón monticular tipo Wankarani-Chullpa Pampa que se manifiesta en la vertiente oriental en los sitios con túmulos de funciones múltiples, habitación-basural, de Campo Colorado en el alto valle Calchaquí, Las Cuevas en la quebrada del Toro y Cerro Colorado en el distrito de Yavi.

En la producción cerámica existió un marcador común a todos los sectores, fue la elaboración de cerámica monocroma gris o negra pulida, muy bella en su simpleza de líneas en el Complejo San Pedro, más común en Caserones, Laguna Blanca, Tebenquiche y Campo Colorado.

Esta tradición aparte de expresar gustos estilísticos de las gentes circumpuneñas debe estar encubriendo

² Ponencias y discusiones “Simposio de Arqueología Atacameña” San Pedro de Atacama, 2 de enero de 1983.

otras razones en las condiciones de producción, tales como tipos de hornos y combustibles asequibles en ámbitos desprovistos casi totalmente de maderas.

A esta tradición se asocia de un modo más local y determinado una alfarería de vasos y cántaros ladrillos, por lo general engobados, pero en todos los casos conocidos con mucha menor frecuencia.

Mientras que estas tradiciones monocromas dominaban ampliamente en la meseta puneña y en el plano inclinado occidental, en el extremo oriental de la puna y en los bosques subandinos se estaban procesando contemporáneamente tres tradiciones muy diferentes: la tradición policroma, el patrón inciso geométrico y el corrugado.

La primera, caracterizada por una excelente cerámica con decoración geométrica en Negro y Rojo sobre Blanco u Ocre, delata su presencia desde el 200 AC. Publicada originalmente dentro del estilo Condorhuasi fue luego deslindada como un conjunto diferente denominado Vaquerías (Heredia *et al.* 1974). Los autores de los trabajos en la quebrada del Toro, donde fue fechada, la distinguieron como Las Cuevas Tricolor (Cigliano *et al.* 1972).

Esta tradición alcanzó su máxima popularidad en el borde oriental de la Puna, con una presencia más esporádica en el Complejo San Francisco y en Condorhuasi, resultando por otro lado totalmente excepcional en los oasis de Atacama. Es probable que esta tradición cerámica está indicando procesos compartidos entre la región Valluna de Bolivia y su prolongación en los valles subtropicales que se disponen entre la cordillera oriental y las sierras subandinas en el territorio argentino. La síntesis regional meridional, reformulada con sus propios aspectos singulares, habría encontrado su expresión en el Complejo San Francisco.

El modo de poblamiento relacionado con esta tradición se caracterizó por viviendas de carácter perecible, entierro de párvulos en urnas cerámicas y en algunos casos también de adultos. Se trata de grandes y fuertes vasijas de base subcónica adornadas por modelados, normalmente antropomorfos, en la parte superior. Son típicas las hachas de piedra pulida de garganta completa como incompleta y el uso del tembetá y pipas para fumar. La explotación de cultivos tropicales, sustancias alucinógenas, tintes y plumas multicolores de aves de la floresta son otras de sus características y de gran interés, por cierto, para otras sociedades aldeanas contemporáneas

emplazadas hacia el interior de las tierras altas del norte argentino y chileno.

La alfarería corrugada encuentra su raigambre en las tierras bajas orientales, mucho más allá que la tradición policroma que es más valluna, relacionándose aquella en cambio con los pueblos del Gran Chaco.

Característica de San Francisco, en las Selvas Orientales, está presente en los sitios formativos de la quebrada del Toro (Las Cuevas Corrugado), en el valle de Lerma y Río Grande de Jujuy (Palpalá) y con aparición esporádica en Calahoyo y aún más lejos, atravesando la Puna en el oasis de Poconche. La asociación de esta tradición en aldeas del borde de la Puna y oasis pedemontanos se ubicaría más definitivamente hacia el 300-200 AC, aunque existirían antecedentes más antiguos como los de Chiu Chiu 200.

Podría incluirse un cuarto grupo, correspondiente a cerámicas monocromas grises incisas, con decoración geométrica sencilla ejecutada sobre cuencos y vasos simples cuyo margen de variación debe ser establecido. Aparece en Tarija y Lípez, Calahoyo, Palpalá y San Francisco (Dougherty 1974), en el departamento de La Poma (Tarragó y De Lorenzi 1976), Candelaria I (Fase El Mollar) y Chimpa en el bajo valle Calchaquí, así como en el oasis puneño meridional de Laguna Blanca.

En el interior semiárido del Noroeste Argentino, esta tradición se relaciona con la emergencia y desarrollo de las culturas Condorhuasi y Ciénaga en las postrimerías del primer milenio AC.

En el lado occidental de la Puna no se visualiza como fenómeno local sino que las series de tiestos superficiales recuperados en los oasis de Tulor y Beter, confirmados ahora en su posición estratigráfica en Tulor Pueblo, corresponden a típicos cerámicos tanto de San Francisco como de Ciénaga.

Hacia esa época, los ejes de interacción señalados *supra* cobraron plena vigencia apoyados sobre la base productiva generada por desarrollos neolíticos plenos. Por una parte es claro el eje longitudinal Caserones-Loa-San Pedro de Atacama, señalado por Nuñez³; por otro, San Francisco-Palpalá-Humahuaca-

³ Ponencias y discusiones del "Simposio de Arqueología Atacameña", San Pedro de Atacama, 2 de enero de 1983.

Yavi-Calahoyo-Tulor-Poconche, con la bifurcación entre Susques-San Antonio de los Cobres hacia el alto valle Calchaquí y del Toro.

El eje longitudinal sur-sureste entre Atacama-Tebenquiche-Laguna Blanca-Hualfín-Saujil se encontraba en pleno funcionamiento constatándose en este caso el tránsito en ambos sentidos de productos: Ciénaga y Condorhuasi Gris Inciso así como Condorhuasi Bicolor y clásico en los oasis más próximos al Salar mientras⁴ que piezas importadas de Negro Pulido formas I y III de San Pedro se exhumaron en Tebenquiche, Laguna Blanca y Saujil.

Siglos VI al X DC

Durante los siglos VI y VII comenzaron a manifestarse fenómenos de integración cultural que son el resultado de esferas de interacción socioeconómica diferenciales y mutuamente excluyentes por lo menos en uno de los casos.

Dentro del Area Centro Sur, la de mayor magnitud fue la de Tiwanaku que articuló el centro hegemónico del Titicaca con el altiplano norte y sur, los oasis del flanco occidental y los Valles Occidentales de Chile.

La interacción con los oasis de Atacama comenzó tempranamente por lo menos en el siglo V (Tarragó 1968) y no en épocas más tardías como se ha considerado tradicionalmente siendo la ubicación de este evento de importancia desde el punto de vista procesal.

La articulación de Tiwanaku allí fue significativamente diferente a lo ocurrido en los valles del Norte Grande, como muy bien lo han señalado Berenguer y colaboradores (1980).

Nosotros quisiéramos observar aquí lo siguiente. Es verdad que las comunidades de San Pedro de Atacama parecen incorporar aspectos cúlticos y objetos de status sin perder su identidad cultural. Creemos que esto fue así aparentemente en los primeros tiempos, hasta alrededor de los siglos VIII-IX, pero a la larga, la interacción con el Estado altiplánico significó

profundos cambios en las formaciones aldeanas de Atacama.

Lo primero que se manifestó fueron los cambios en cuanto a la calidad y riqueza de la producción, a más de la incorporación de nuevos modos tecnológicos como la metalurgia del bronce, textilera y cestería polícroma, y por trabajos de rocas semipreciosas como malaquita y *mullu*.

En la tradición alfarera Negra Pulida se introdujeron nuevas formas más complejas o no tradicionales y el negro lustroso alcanzó su máxima expresión pues debió mejorar el nivel técnico en la aplicación de la hematita variedad especularita (polvo de grafito según Le Paige) acentuándose además el color, por un pulimento intenso y uniforme.

En otros aspectos que podrían acotarse, encontramos que en relación con las armas tanto para fines ofensivos como defensivos, se produjo el paulatino reemplazo de hachas de piedra talladas y rompecabezas de piedra pulida por hachas y rompecabezas de bronce, debiéndose anotar además la cantidad de estas armas en los cementerios de la época.

En una segunda instancia del proceso los cambios ocurridos en los contextos son notables:

- a) desaparición de la alfarería Negra Pulida como tal, mientras se dan otras manufacturas como los grises pulidos, ceramios negros o rojos incisos de balbuceante decoración y baja representación;
- b) modificaciones estilísticas y técnicas en el complejo alucinógeno al mismo tiempo que disminuye notablemente el número de piezas para tal función;
- c) en vez de collares de malaquita, predominio creciente de los grandes collares de cuentas toscas de ignimbritas;
- d) símil hacha de hueso en reemplazo de las anteriores;
- e) disminución general de los ajuares fúnebres, etc.

Es probable que este cúmulo de fenómenos está encubriendo traslados de población y la presencia de componentes multiétnicos en los oasis, tales como parecería ocurrir en Tchechar y Solor 3. Por

⁴ La presencia de estos tipos parece limitarse a los oasis más cercanos al borde del Salar que hoy son los más desecados. Por otra parte, llama la atención el hecho de que ninguna de estas clases de alfarería ha aparecido en los contextos de tumbas de *ayllu* como Larrache, Sequitor y Quitar.

otra parte, bajo esta aparente pauperización cultural de los siglos X y XI se estaban generando las bases para el florecimiento de los desarrollos regionales tardíos como Quito y Lasana.

Mientras la presencia de Tiwanaku es directa en los oasis premontanos de Atacama y cuencas intermedias como Chiu Chiu en el Loa, no ofrece definitivamente las mismas características en la Puna oriental y su borde.

Aunque Debenedetti planteara la presencia de Tiwanaku en el Noroeste Argentino, éste hasta ahora solo puede encontrarse en hallazgos esporádicos de objetos como es el caso de técnicas textiles y algunas piezas de aleación oro-plata en la cuenca del río Doncellas (Rolandi de Perrot 1974) y otras pocas piezas de madera y cerámica hacia el interior del noroeste que podrían relacionarse con dicho fenómeno altiplánico.

La situación parece ser otra. La mitad del primer milenio de esta era fue una época de transformaciones en los Andes del Sur. La larga experimentación de los horticultores aldeanos previos llevó a nuevos niveles la explotación de los recursos y el desarrollo de las manufacturas. Emergieron sociedades con mayor dominio territorial y fronteras mejor establecidas y diferentes en cuanto a sus procesos internos de desarrollo así como en su articulación con las redes del intercambio circumpuneño y hacia otras regiones.

En la Quebrada de Humahuaca, distrito donde se han dado procesos de desarrollo singular de antigua data y todavía no bien esclarecidos, dicha época se manifestó en torno al fenómeno Isla como lo planteara muy acertadamente Pérez (1968, 1973).

Las poblaciones Isla, de patrón todavía no aglutinado, se circunscribieron según los indicadores arqueológicos conocidos a la referida quebrada y zonas aledañas de la Puna oriental y nororiental de Jujuy. No existen testimonios de ella ni en la quebrada del Toro ni en el alto valle Calchaquí. Esta ausencia es muy sintomática al igual que la falta de evidencias de Aguada en dichos territorios intermedios, con lo cual este sector del borde puneño se configuró como una real frontera histórica entre los siglos IX al XI.

Pensamos que nos enfrentamos aquí con otra esfera de interacción que articuló la región Valluna de

Bolivia, el extremo oriental de la Puna argentina y la Quebrada de Humahuaca. Parecería ser que estímulos Mizque-Tiwanaku del seno de aquella región incidieron sobre las bases previas regionales, como para producir estilos policromos como el Isla y el Portillo Policromo. También nos aventuramos a sugerir que poblados de posición compleja como el pueblo alto de Rinconada donde hay manejo de sillería canteada, estructuras adosadas, posibles monolitos sencillos de piedras y curiosamente cerámica policroma con puntos blancos que recuerda a las anteriores, constituyen del mismo modo que Caserones en la vertiente occidental, la primera manifestación del fenómeno semiurbano del Tardío como resultado de un proceso bivalente de entrecruzamiento de esferas de interacción diferenciales (Figura 2). A su vez, la relación entre gentes Isla y los pueblos de Atacama ya ha sido señalada (Tarrago 1977: 61-62).

Más hacia el sur, en el corazón de la Subárea Valliserrana (Catamarca y norte de La Rioja), se configuró en el siglo VII el fenómeno de integración cultural representado por Aguada (González 1977), y que evidenció durante su desenvolvimiento una alta autonomía de los centros hegemónicos de las tierras altas.

En torno suyo se constituyó una tercera esfera de interacción, en este caso externa a la Subárea Circumpuneña, dándose la particularidad precisamente de que tan sólo hay evidencias de interacción con un solo sector puneño y no con los restantes. Este eje ocurrió por el extremo meridional de la Puna en forma oblicua a través de Laguna Blanca y Tebenquiche hasta oasis de Atacama. Hay una notable ausencia, en cambio, de testimonios Aguada en todo el valle Calchaquí, a excepción de la porción meridional de confluencia con el Santa María, en la quebrada del Toro y de Humahuaca y en el altiplano salto-jujeño.

Cabe hacer una reflexión sobre los logros comunes a las tierras altas australes como a los valles semiáridos del noroeste, hacia finales del período. Las bases productivas se habían incrementado con nuevas variedades de cultígenos, como es el caso de nuevas razas de maíz tanto en el norte de Chile como en el noroeste de Argentina. Aunque todavía faltan estudios pormenorizados de las instalaciones agrícolas en muchos lugares, sin duda, el manejo del regadío y de control de suelos estaba incorporado abriendo zonas vírgenes para la explotación agrícola. La manufactura de objetos de bronce de buena calidad

EDAD	REGIONES		LAGUNA POZUELOS	RIO SAN JUAN MAYO	LIPEZ - CALAHOYO	R. YAVI - SANSANA	TARIJA
	EPOCAS	ANTOFAGASTA DE LA SIERRA					
1600	DOMINIO ESTATAL	HISPANICO	HISPANO INDIGENA	HISPANO INDIGENA	HISPANO INDIGENA	HISPANO INDIGENA	HISPANO INDIGENA
1536		INCA	INCA PROVINCIAL	CASABINDO I	INCA PAVA	INCA PAVA	INCA PAVA
1480	SOCIIDADES SEMI-URBANA	LA ALUMBRERA	CASABINDO II	CASABINDO I	MALLCU	YAVI CHICO	YAVI CHICO
1300		DESARROLLOS REGIONALES	BELEN	CASABINDO I	HURUQUILLA	HURUQUILLA	HURUQUILLA
1000	ALDEANOS AVANZADOS	?	RINCONADA I	?	CALAHOYO	YAVI CHICO	TOLOMOSA CERRO II
800		MEDIO O INTERACCION TIWANAKU	QUICHE II	RINCONADA I	?	TARIJA	RINCONADA I
500	HORTICULTORES ALDEANOS	?	AGUADA	?	ISLA	RINCONADA I	S. PEDRO ATACAMA F. III (*)
0		FORMATIVO REGIONAL SURANDINO	TEBENQUICHE I	?	?	LAGUNA BLANCA S. PEDRO ATACAMA F. III (*)	?
300		?	?	?	LIPEZ INCISO	?	?
500		AGROALFARERO TEMPRANO	TEBENQUICHE I	?	?	SAN PEDRO ATACAMA F. III (*)	?
1000		?	?	?	?	?	?

Figura 2. Cuadro cronológico tentativo Puna-vertiente este. Fuentes: Aldunate y Castro (1981), Rosen (1916), Fernández (1978), Tarragó (1968, 1977), Krapovickas (1968, 1977), Pérez (1968).

se había generalizado en las tierras meridionales. En cuanto a los aspectos religiosos, las expresiones singulares de los diversos pueblos parecen haber compartido ciertas ideas relacionadas con el culto felínico y la concepción del sacerdote-sacrificador y los cráneo-trofeos que van acompañadas del complejo alucinógeno.

Siglos XI al XV

Hacia el siglo X de nuestra era, la sociedad y cultura Aguada había desaparecido como tal y Tiwanaku empezó a perder el control de los lejanos puntos meridionales en la red de intercambios. El desarrollo de las fuerzas productivas fue, sin embargo, muy grande durante los últimos siglos de ambas hegemonías.

Sobre estas bases comenzaron a manifestarse hacia el siglo XI desarrollos regionales poderosos y altamente diferenciados tanto en la Subárea Circumpuneña como en la Valliserrana y en el Norte Chico chileno de los Andes Meridionales.

Cada ámbito de mayor eficiencia productiva de la Puna y sus bordes sustentó procesos particulares como los que se expresan en Lasana y Toconce en el Loa, Quitor-Solcor en los oasis atacameños, Casabindo en las cuencas del río Grande de San Juan y Doncellas, Mallku en el río Grande de Lípez, Yavi en el extremo oriental de la Puna jujeña y zonas alledañas de Tarija en Bolivia (Figura 2).

Las etnias tanto altiplánicas como vallistas se desarrollaron por sus propios canales y con intereses, por cierto, contrapuestos y altamente conflictivos en cuanto a la explotación de recursos y a la ocupación de los espacios fértiles. Verdaderas líneas defensivas se levantaron en los bordes del Altiplano Meridional.

Los intereses en pugna se pueden vislumbrar a nivel de los testimonios arqueológicos en el hecho de que tanto las tradiciones cerámicas de los pueblos Santa María-Calchaquí como Belén no llegaron a sitios puneños ni a los oasis de Atacama ni a la Quebrada de Humahuaca.

Como lógica contrapartida, la necesidad de alianzas y de circulación de productos crea complejas relaciones de las cuales existen manifestaciones en el registro arqueológico.

Entre los rasgos comunes encontramos el patrón habitacional aglutinado de cuartos cuadrangulares con

muros de piedra que se presenta como funcionalmente diferente al hábitat rural disperso. En muchos casos estos poblados se emplazaron en zonas altas para dominar visualmente y controlar los movimientos de gente y ganado.

La producción de manufacturas en los pueblos puneños se orientó por otros canales como por ejemplo abundantes utensilios de madera con funciones bien específicas como las horquetas de atalaje o *tarabitas* y las cucharas. Lo mismo ocurrió con los textiles y con la fabricación de diversos recipientes de mate pirograbado.

La cerámica, en cambio, fuera de la común de cocina, fue poco variada y monocroma y aparece muy escasamente como ajuar fúnebre. La alfarería que en la vertiente chilena se conoce como Dupont, es decir, cuencos grises o negros, pulidos tan sólo en su interior, también se da en el borde oriental como es el caso del alto valle Calchaquí. Este fenómeno es claro en la Poma y en los contextos de tumbas registrados por Ambrosetti en La Paya. En otros sectores de la Puna, la única cerámica a nivel local se circunscribe a los llamados “vasitos chatos” como en Casabindo, San Juan Mayo (Krapovickas 1968).

En cuanto a la alfarería Roja Violácea o Concho de Vino si bien es un rasgo típico y característico de la época tardía en las dos vertientes (se da también en Yavi y en Tarija), no tiene una alta representación, por lo menos en los oasis de Atacama.

Frente a esta escasez y monocromía cerámica de la Puna y de los oasis, es interesante el fenómeno de circulación de ceramios decorados de pequeño tamaño y de tráfico fácil por un lado en el noroccidente en torno al estilo Chilpe-Hedionda con raíces en el altiplano norte y por otro lado, hacia el noreste y este, con el estilo Yura-Huruquilla más tronchado con la región Valluna de Bolivia. Del mismo modo, en sentido transversal este-oeste, la circulación de piezas de asas asimétricas del estilo Yavi Chico Polícromo que llegó hasta San Pedro de Atacama, al igual que Tilcara Negro sobre Rojo.

Otro hecho interesante es que mientras los señoríos de Atacama, Lasana y Toconce parecen haber mantenido relaciones entre sí, y Toconce a su vez con Lípez y San Juan Mayo, los componentes norteños San Miguel-Gentilar no parecen haber traspasado el Loa Inferior.

En consecuencia, de los ejes que planteáramos al principio, el pasadizo de interacción Loa-oasis-San Juan Mayo-Lípez-Yavi-Tarija estuvo en plena actividad mientras que las antiguas vías al sur, hacia el corazón de los ámbitos vallistas habían perdido su dinamismo o estaban interrumpidas.

Mientras tanto los fuertes desarrollos Calchaquí Belén y Angualasto parecen que se orientalizaron sustentando enclaves en los valles más húmedos de Salta y Tucumán el primero, mientras que Belén propiciaba la interacción con las sociedades chaco-santiagoñas.

Siglos XI-XVI

En las postrimerías de la época prehispánica la expansión hacia el sur del Estado inca a través de los caminos troncales del altiplano y de las redes subsidiarias transversales llevó la producción de dichas regiones a una escala cuantitativa y cualitativamente diferente optimizando al máximo la generación de excedentes y la circulación de productos necesarios para la reproducción del sistema.

Su dominio sobre las jefaturas locales y señoríos aparece señalado por los prominentes sectores incaicos en cada una de las cabeceras poblacionales de las formaciones regionales, entre otras, Tilcara, Tastil, La Paya, Quilmes, Quito, Lasana, etc., además de rasgos nuevos como los tambos que sostenían los caminos de la Puna y de los oasis, tales como Calahoyo y Catarpe, y de centros administrativo-militares en el borde de la Puna, como Cortaderas en el camino entre Calchaquí y El Toro.

La *pax* incaica posibilitó el restablecimiento de la fluidez en la distribución de productos por amplias regiones del Altiplano Sur y sus bordes. Este hecho

estaría indicado (a nivel arqueológico entre otros aspectos) por la extensiva distribución del estilo regional Inca-Paya o Casa Morada Policromo que se generó muy probablemente sobre una base del Yavi Policromo. Se constata su presencia en el registro arqueológico de diversas localidades del borde salto-jujeño, Puna argentina, sur de Bolivia y oasis pedemontanos en la Provincia de Antofagasta, entrecruzándose e imbricándose con la distribución del Inca Pacajes o Saxamar del Area Centro Sur Andina.

Las profundas transformaciones socioeconómicas se expresaron a nivel superestructural por la fuerte quechuanización del área sur, la imposición del culto solar y diversos cambios en las creencias y costumbres. Uno de estos interesantes fenómenos es el caso de la derivación del complejo alucinógeno hacia el consumo más "civil" y común de la coca en las comunidades, lo que mejora las condiciones físicas para el trabajo y para las largas caminatas en ambientes de *soroche*.

Cabe señalar, en ese sentido, que tanto en los contextos arqueológicos de los oasis de Atacama como en el borde de la Puna desaparece el complejo de rapé en las tumbas incaicas así como se transforman costumbres mortuorias de la época anterior. Tal es el caso de los entierros de párvulos en urnas. Este último fenómeno al menos es claro en el sitio de La Paya y en el alto valle Calchaquí.

Sobre el final de la época indígena, rota la cabeza cusqueña y ante el creciente y agresivo avance español, en la segunda mitad del siglo XVI, se hizo necesaria la alianza de todas las naciones más allá de cualquier frontera pasada. Y el grito de guerra sonó en toda la tierra, desde Hualfín, Calchaquí, Casabindo, Omaguaca, Lípez, Chicha, llegando sus ecos hasta Atacama y aun Charcas.

REFERENCIAS CITADAS

- ALDUNATE, C. y V. CASTRO, 1981. *Las chullpa de Toconce y su relación con el poblamiento altiplánico en el Loa Superior, Período Tardío*. Ediciones Kultrún, Santiago.
- BENAVENTE, A., 1978. Chiu Chiu 200: Poblado agroalfarero temprano. *Revista Chilena de Antropología* 1: 5-15.
- BERENGUER, J., V. CASTRO y O. SILVA, 1980. Reflexiones acerca de la presencia de Tiwanaku en el norte de Chile. *Estudios Arqueológicos* 5: 81-93.
- CIGLIANO, E. *et al.*, 1972. Nuevos aportes para el conocimiento de las entidades alfareras más tempranas del Noroeste Argentino. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología N.S.* 6: 225-36.
- DOUGHERTY, B., 1974. Informe preliminar sobre un nuevo yacimiento arqueológico en Palpalá, Provincia de Jujuy. Su ubicación dentro del Complejo San Francisco. *Relaciones N.S.* 8: 135-52.

- FERNANDEZ, J., 1978. Los chichas, los lipes y un posible enclave de la Cultura de San Pedro de Atacama en la Puna limítrofe argentino-boliviana. *Estudios Atacameños* 6: 19-35.
- GONZALEZ, A. R., 1977. *Arte precolombino de Argentina. Introducción a su historia cultural*. Filmediciones Valero, Buenos Aires.
- HEREDIA, O., J. A. PEREZ y A. R. GONZALEZ, 1974. Antigüedad de la cerámica policroma en el Noroeste Argentino. *Revista del Instituto de Antropología* 5: 133-151.
- KRAPOVICKAS, P., 1968. Subárea de la Puna argentina. *37° Congreso Internacional de Americanistas*, vol. 2, pp. 235-271. Buenos Aires.
- 1973. Arqueología de Yavi Chico (Departamento Yavi, Provincia de Jujuy, República Argentina). *Revista del Instituto de Antropología* 4: 5-22.
- 1977. Arqueología de Cerro Colorado (Dpto. Yavi, provincia de Jujuy, República Argentina). *Obra del Centenario del Museo de La Plata* vol. 2, pp. 122-148. La Plata.
- KRAPOVICKAS, P., A. CASTRO y M. M. PEREZ, 1980. La agricultura prehispánica en la Puna. *Actas V Congreso Nacional de Arqueología Argentina*, vol. 1, pp. 139-56. San Juan.
- LUMBRERAS, L., 1979. Críticas y perspectivas de la arqueología andina. Documento de Trabajo 1, *Proyecto Regional de Patrimonio Cultural Andino*, PNUD/UNESCO, Paracas.
- 1981. *Arqueología de la América andina*. Editorial Milla Batres, Lima.
- NUÑEZ, L., 1965. Desarrollo cultural prehispánico del norte de Chile. *Estudios Arqueológicos* 1.
- 1978. Northern Chile. En *Chronologies in New World*. Academic Press.
- 1979. *Comentario sobre el Area Centro Sur Andina*, Universidad del Norte, Antofagasta.
- NUÑEZ, L. et al., 1979. *Coloquio Nacional de Arqueología Andina. Comisión Area Centro Sur*. Universidad del Norte, Antofagasta.
- PEREZ, J. A., 1968. Subárea de Humahuaca. *37° Congreso Internacional de Americanistas*, vol. 2, pp. 273-93. Buenos Aires.
- 1973. Arqueología de las culturas agroalfareras de la Quebrada de Humahuaca (Provincia de Jujuy, República Argentina). *América Indígena* 33 (3): 667-679.
- ROLANDI DE PERROT, D., 1974. Un hallazgo de objetos metálicos en el área del río Doncellas (Provincia de Jujuy). *Relaciones Sociedad Argentina de Antropología N. S.* 8: 153-60.
- TARRAGO, M., 1968. Secuencias culturales de la etapa agroalfarera de San Pedro de Atacama (Chile). *37° Congreso Internacional de Americanistas*, vol. 2, pp. 119-144. Buenos Aires.
- 1977. Relaciones prehispánicas entre San Pedro de Atacama (norte de Chile) y regiones aledañas: La Quebrada de Humahuaca. *Estudios Atacameños* 5: 50-63.
- TARRAGO, M. y M. DE LORENZI, 1976. Arqueología del valle Calchaquí. *Etnia* 23-24: 1-35.